

REPENSANDO VIEJOS PROBLEMAS: OBSERVACIONES SOBRE LA ARAUCANIZACIÓN DE LAS PAMPAS

*Raúl J. Mandrini**

*Sara Ortelli**

Un aspecto significativo de los trabajos recientes que han abordado el análisis de los grupos indígenas de la región pampeana a partir del siglo XVI ha sido la revisión y el cuestionamiento de algunos de los conceptos y categorías tradicionalmente aceptados¹. El caso más significativo es quizá el que se refiere a la utilización del concepto de “complejo ecuestre” que había sido clave en la interpretación tradicional del proceso cultural operado en las pampas. Aquí, la revisión de las fuentes y la obtención de nuevas informaciones sobre el carácter de la economía indígena permitieron a Miguel Angel Palermo demostrar lo inconveniente de seguir utilizando tal concepto dado que las realidades sociales a las que se aplicaba eran radicalmente distintas de aquéllas para las cuales había sido elaborado².

* Instituto de Estudios Histórico-Sociales, UNICEN (Tandil, Argentina). El tema de este artículo se vincula con un proyecto mayor, “Economía, sociedad y política en las poblaciones indígenas de la pampa bonaerense en el siglo XVIII”, que contó con un subsidio de investigación otorgado por la Fundación Antorchas. Los aspectos centrales del tema fueron desarrollados Ortelli, 1994.

Sin embargo, no se ha realizado aún una crítica tan sistemática como la de Palermo para otras categorías esenciales, aun cuando se ha avanzado en esa dirección. Tal es lo que ocurre con la definición de "etnia" y el reconocimiento de distintos grupos étnicos en la región o con el concepto que aquí nos interesa, el de "araucanización". Cabría decir lo mismo para el de "tehuelchización" propuesto por Casamiquela. Nos proponemos aquí, en primer lugar, revisar críticamente las definiciones y usos de tal concepto; en segundo término, precisar su validez y alcance; por último, bosquejaremos algunas hipótesis explicativas de los aspectos fundamentales del proceso.

I

La presencia de elementos de origen chileno en las pampas -advertida ya por observadores y viajeros que conocieron la región- fue puesta de relieve desde temprano por historiadores y antropólogos argentinos. Sin embargo, poco interesados los primeros en la sociedad indígena y dedicados a estudiar especialmente la guerra fronteriza con el indio, se limitaron a consignar la presencia de esos araucanos o *aucas*, como los denominan comúnmente los documentos de época, asociando esa presencia en las pampas con el incremento de la actividad bélica que se registró a partir del siglo XVIII y, especialmente, en el XIX.

El tema no corrió mejor suerte entre los antropólogos. En general fueron los arqueólogos quienes más trabajaron en el área pero, salvo excepciones, su interés se centró en los períodos más antiguos y en problemas vinculados al poblamiento temprano de la región. A su vez, etnógrafos y antropólogos sociales volcaron sus esfuerzos al estudio de las comunidades indígenas actuales, dejando virtualmente en blanco casi tres siglos de historia. Los etnólogos, a su vez, especialmente aquellos vinculados a la escuela Histórico-Cultural, manifestaron, en cambio, algún interés por el análisis histórico. Su esfuerzo, congruente con sus posturas teórico-metodológicas, se orientó hacia la identificación de las distintas etnias y sus niveles culturales así como a la asociación de las mismas con las distintas corrientes de poblamiento en América³.

En este análisis tenían particular valor las fuentes históricas, especialmente aquéllas que reflejaban la situación de la región antes, justamente, de lo que se convenía en llamar "araucanización". Pero la interpretación del

proceso histórico por parte de estos etnólogos fue superficial y simplista. Aunque variando en los matices, la idea de una población de cazadores y recolectores pedestres convertidos luego en cazadores ecuestres por la incorporación del caballo, que combinaban la caza con el saqueo y el pillaje en las fronteras, se impuso contundentemente, aunque estas conclusiones contradecían a las propias fuentes de las que se habían nutrido.

La expansión araucana en las pampas fue encajada en tal esquema. Estanislao Zeballos⁴, uno de los mentores intelectuales de la denominada “Conquista del Desierto”, reconoció el fenómeno, considerando que los grupos que ocupaban la región que se extendía de la cordillera al Plata, al sur de la línea de frontera, eran un desprendimiento de los araucanos de Chile, a los que denominó *aucas* (alzados, bravos). Al asentarse en las vastas llanuras situadas al este de los Andes, estos grupos araucanos abandonaron sus anteriores patrones de vida como agricultores aldeanos para adoptar los hábitos “salvajes” de las llanuras⁵.

Esa imagen -un vasto territorio reducido a la categoría de desierto, una organización política y social limitada a la de bandas nómades y una economía basada en el saqueo y la depredación- es una construcción del siglo pasado, que contribuyó a justificar el avance de la sociedad blanca sobre la indígena y la desestructuración y desaparición de la última. En efecto, respondió a las necesidades de un proyecto político-económico que presuponía la pacificación del país, la consolidación del Estado y la construcción de la Nación; en tal contexto, el indio debía ser “domesticado” e integrado o, de lo contrario, exterminado.

II

Las discusiones entre los antropólogos acerca del llamado proceso de “araucanización” giraron más bien en torno a algunos problemas particulares. Uno de los temas más debatidos fue el de la antigüedad del proceso; otro, no desvinculado del anterior, el del carácter que tal proceso asumió. Encontramos aquí dos tendencias bastante definidas: por un lado, quienes sostenían que la araucanización se desarrolló desde momentos muy tempranos⁶ y se completó en el siglo XVIII; por otro, aquéllos que se inclinaban por una tardía araucanización, cuyas evidencias recién aparecían a fines del siglo XVIII.

Dentro de la primera línea podemos ubicar a etnólogos vinculados a la Escuela Histórico-Cultural, como Salvador Canals Frau (Canals Frau 1935, 1946, 1950, 1973), que veía ya a principios del siglo XVIII una presencia significativa de población de origen chileno en la región pampeana. Efectivamente, para estos etnólogos la presencia de nuevos elementos culturales no podía desvincularse de la llegada de nuevos estratos de población. En sus trabajos desarrollaron la idea de una sustitución étnica de la antigua población pampeana por los grupos de origen chileno que se establecieron al este de los Andes (Canals Frau 1973: 534-535).

Desde el otro extremo se planteó que, más allá de la incorporación de algunos elementos culturales, la antigua población cazadora local mantuvo con fuerza su presencia hasta una época relativamente reciente⁷. Las evidencias de esta tardía "araucanización" de las Pampas comenzarían a aparecer recién durante la segunda mitad del siglo XVIII (Cabrera 1934: 101; Martínez Sarasola 1992: 125-132). La discusión llevó a los investigadores interesados a una minuciosa búsqueda de argumentos de tipo lingüístico, cultural y racial, a un rastreo cuidadoso de la presencia o ausencia de determinados elementos culturales, o a un afanoso registro de menciones en las fuentes que sirvieran para probar una u otra posición.

Desde ambas pudieron recogerse argumentos en contra y en favor de cada tesis. Esto era posible porque la expansión araucana en las pampas fue larga y compleja y esa complejidad fue, justamente, lo que se perdió de vista. En realidad, bajo el término de "araucanización" se suelen englobar al menos dos procesos centrales estrechamente vinculados, pero que no se deben confundir. Por un lado, la incorporación de elementos culturales araucanos por las poblaciones de la región; por otro, el asentamiento en ella de grupos de mapuches chilenos.

III

Los contactos con la Araucanía, reflejados, en parte, en la presencia de elementos culturales de origen chileno en el área pampeana, pueden remontarse a tiempos prehispanicos. Según estudios arqueológicos, la presencia de tales elementos en el actual territorio argentino puede remontarse a épocas tan tempranas como principios del segundo milenio de nuestra era. Se

trataría, básicamente, de piezas de cerámica y de pipas de tipo T invertida con doble boquilla. Otros elementos podrían relacionarse con la cultura araucana, entre ellos, hachas y silbatos líticos similares a los hallados al oeste de la cordillera en mayor cantidad, pero es difícil precisar si corresponden a tiempos prehispánicos o son posteriores (Hajduk 1981-1982).

Estos elementos -tardíamente, Garay pudo ver, en 1582, en las cercanías de Cabo Corrientes, actual ciudad de Mar del Plata, indios con mantas que, según le informaron, eran de Chile (Garay 1915)- habrían sido adquiridos por los grupos locales a través de intercambios cuya naturaleza exacta no podemos definir. En este sentido, los pasos cordilleranos actuaron como vías de comunicación que posibilitaron los contactos desde épocas muy anteriores a la presencia española en estas regiones, a través de circuitos informales de circulación de bienes. Es probable que los grupos de allende la cordillera estuvieran interesados, en esos momentos, en obtener sal, productos de la caza del guanaco y del avestruz y piñones de araucaria de la precordillera.

El carácter de tales contactos cambió a partir del siglo XVII, cuando quedaron enmarcados en un contexto histórico diferente. Desde ese momento el interés de los araucanos se centró, fundamentalmente, en la riqueza ganadera de la región pampeana y al parecer, hacia mediados del siglo, era ya frecuente la circulación y comercialización de ganados cimarrones, particularmente caballos, entre los grupos pampeanos y los araucanos chilenos. Un siglo más tarde, se habían consolidado los circuitos que conformaban ese "ciclo del ganado"⁸.

El ganado caballar, imprescindible inicialmente para la guerra, adquirió pronto gran importancia como alimento -fundamentalmente las yeguas- y como medio de movilidad. Esta importancia del caballo se vio reflejada en el plano de lo simbólico, con su incorporación a los rituales, entierros y ceremonias religiosas (Sánchez Labrador 1936: 61; Falkner 1974: 144). Pero también el ganado vacuno y el lanar no tardaron en incorporarse a la vida indígena, así como otros muchos artículos de origen europeo, ya fueran bienes de consumo o de prestigio (Falkner 1974: 151, Zizur 1973: 96; Cruz 1835a: 32, 34-35)⁹.

Este proceso tuvo, en el campo económico, una consecuencia más importante. Muchos de esos artículos, imposibles de conseguir o fabricar en territorio indio, sólo podían obtenerse mediante intercambios con los cristianos o, para aquellos grupos situados lejos de las fronteras, por trueque con otros indios que actuaban de intermediarios. Como resultado, una extensa red

de circulación comenzó a vincular las distintas regiones del territorio indígena y a éste en su conjunto con las áreas controladas por los europeos, acentuando la dependencia de cada grupo respecto de los otros y de la sociedad blanca y estimulando, entre los indígenas, la obtención o producción de bienes estimados por los cristianos a fin de canjearlos en las fronteras.

En este contexto, una serie de elementos y rasgos culturales de origen chileno fueron incorporados por las poblaciones pampeanas. Uno de tales rasgos fue la lengua araucana: utilizada posiblemente en un primer momento, por razones de practicidad, en función de las actividades económicas que se desarrollaban a ambos lados de la cordillera, se generalizó luego su uso constituyéndose, a mediados del siglo XIX, una unidad lingüística que englobaba a las poblaciones ubicadas al sur de las líneas de frontera de los actuales territorios de Argentina y Chile.

También las técnicas textiles y la platería, que tuvieron gran aceptación entre las poblaciones indias de las llanuras rioplatenses, eran de origen araucano. Los tejidos y los objetos de plata se convirtieron pronto en símbolos de prestigio y expresión de una creciente diferenciación social. Este proceso ya estaba avanzado en la región para mediados del siglo XVIII: los testimonios indican que, para entonces, el poncho tejido era considerado una prenda de gala para lucir en días festivos (Sánchez Labrador 1936: 37; Falkner 1974: 153-154), al igual que la profusión de adornos de metal con que se engalanaban tanto los indios -en especial los caciques- como sus caballos. No se menciona todavía el uso de objetos de plata -en contraste con las repetidas referencias al uso de planchas de lata y latón y de estribos y espuelas de hierro y bronce como indicadores de diversos grados de status (Sánchez Labrador 1936: 36, 37 y 45)- pero contamos con gran cantidad de datos para fines de ese mismo siglo y comienzos del siguiente (por ejemplo, García 1836: 146, para el sur bonaerense; Cruz 1835a: 34-35, para pehuenches).

Las prácticas agrícolas, atestiguadas desde el siglo XVIII, constituyen otro aspecto que se vincula, sin duda, con la penetración araucana que la introdujo en las pampas. Aunque la información disponible es escasa, nos proporciona claras referencias al menos para el siglo XIX para el territorio de los voroganos, pampas o salineros, así como para los ranqueles y los pehuenches y huilliches cordilleranos. El rasgo más significativo es que la práctica del cultivo, contra lo que comúnmente se creyó, tuvo amplia difusión en la región, constituyendo un importante complemento de los recursos provenientes de la caza y el pastoreo. La agricultura indígena incluía una amplia lista de cultivos

entre los que se destacaban el trigo, el maíz, la cebada, algunas leguminosas y varias cucurbitáceas (zapallos, calabazas, melones, sandías) (Mandrini 1987; Palermo 1989: 71-76).

El *nguillatun* o rogativa que se convirtió en la ceremonia religiosa de carácter colectivo más importante constituye otra de las manifestaciones de la cultura araucana que fue adoptada por las poblaciones de las pampas¹⁰. En los relatos de los jesuitas de mediados del siglo XVIII no aparecen referencias a esta celebración. Sánchez Labrador describe, sin embargo, una ceremonia practicada por serranos, puelches y tehuelches, a la que denomina fiesta de Elel, “el príncipe de los diablos” sin duda, el héroe cultural tehuelche Elal (Wilbert and Simoneau 1984: 23-100), atribuyendo, desde su óptica religiosa, una inspiración satánica este tipo de celebraciones (Sánchez Labrador 1936: 67-71). Un siglo más tarde Guinnard describe, junto al *nguillatun*, otra fiesta que se celebraba durante el otoño en honor a Huecuvú, “director de los espíritus malignos” (Guinnard 1947: 113). Nos preguntamos si estas celebraciones pudieron haber tenido relación entre sí, constituyendo rasgos culturales que se mantuvieron aunque con variantes del antiguo sustrato cazador-recolector¹¹.

Evidentemente, los rasgos de origen chileno incorporados por las sociedades pampeanas han sido muchos y variados. Sólo hemos hecho referencia a algunos de ellos, pero la lista puede continuarse. Sin embargo, el punto fundamental a considerar es, a nuestro criterio, que este proceso de influencias e incorporaciones no se explica sino en el contexto de transformación de la estructura económica, que llevó, por un lado, a una creciente interdependencia entre los grupos indígenas ubicados a ambos lados de la cordillera; por otro, a una diferenciación interna de la sociedad indígena, que se expresó en procesos de jerarquización social, en un incremento del poder por parte de ciertos jefes o caciques y en un abandono de ciertos patrones de poder y cohesión social tradicionales.

Justamente, habrían sido las transformaciones internas operadas entre estas poblaciones las que facilitaron la incorporación de rasgos y bienes de origen araucano y europeo, en la medida en que tales rasgos y bienes, que adquirirían un alto valor simbólico, contribuían a reforzar tales cambios. Las formas sociopolíticas emergentes debieron encontrar su expresión simbólica en la adopción de nuevos ordenadores sociales, ceremonias y rituales que expresaban riqueza, prestigio y autoridad. Se explicaría así la relativa rapidez con que muchos rasgos fueron incorporados por las poblaciones pampeanas.

La pérdida de vista de los desarrollos mencionados determinó, en gran medida, el sobredimensionamiento de los procesos migratorios como posible categoría explicativa, cuya expresión más extrema fue la hipótesis, ya mencionada, de la sustitución étnica desarrollada por Canals Frau y la Escuela Histórico-Cultural. Evidentemente, siempre ha resultado más fácil presentar los procesos de difusión cultural como la consecuencia de migraciones y establecimiento de pueblos en nuevos ambientes sociales, que intentar explicarlos atendiendo a los complejos procesos que determinan que una sociedad pueda adoptar rasgos culturales foráneos. Pero, en el marco de este proceso de marcada interdependencia entre los diferentes grupos, no hubo en una primera etapa asentamientos importantes de población indígena chilena en la pampa.

Hasta ese momento -segunda década del siglo XIX- sólo se produjeron incursiones y la radicación de algunos linajes y pequeños grupos chilenos que tenían que ver, básicamente, con el interés por ejercer un control más directo sobre los circuitos ganaderos. La situación cambió luego, cuando importantes contingentes chilenos -varios caciques con sus guerreros y familias- se establecieron en la región, empujados por la guerra de independencia que, luego de la batalla de Maipú (1818), se había trasladado al sur de Chile. Durante los primeros años del proceso revolucionario los araucanos permanecieron en paz. Después de la batalla de Maipú y de la persecución llevada por las fuerzas revolucionarias contra los restos del ejército realista que se retiraba en desbande hacia Concepción, araucanos y pehuenches comenzaron a alterarse.

Para fortalecer sus posiciones, tanto los jefes realistas como los revolucionarios atrajeron a los grupos araucanos, incorporando contingentes indígenas a sus tropas. Se inició así la llamada "guerra a muerte" que se extendió por tres años con todo tipo de brutales crueldades. Algunos caciques que permanecieron neutrales emigraron hacia las pampas para escapar a las destrucciones; también lo hicieron algunos grupos vencidos para escapar a las represalias.

Estos hechos aceleraron el proceso de araucanización en marcha. El mestizaje entre los recién llegados y la vieja población indígena, favorecido por la existencia de antiguos contactos, fue intenso y se estrecharon los lazos entre las poblaciones de ambos lados de la cordillera, unidas además, en muchos casos, por lazos de parentesco¹². Así, la gran migración de las primeras décadas del siglo XIX encontró una pampa culturalmente araucana y un

complejo entramado de relaciones establecidas en el marco de un proceso que culminó, a mediados de ese siglo, con la formación de una enorme unidad lingüística y cultural que se prolongaba hasta el Pacífico en la llamada Araucanía chilena.

V

Las distintas posiciones, sin embargo, parecían estar de acuerdo en un aspecto: la expansión de los araucanos en las pampas, fuera más antigua o más reciente, había tenido efectos significativos sobre las poblaciones involucradas. Por una parte, se ha reconocido que los araucanos aportaron a la región, ante todo, su lengua así como un conjunto de costumbres, elementos culturales, creencias y ceremonias religiosas, cuyo inventario ha sido realizado por distintos autores. Pero, al mismo tiempo, se afirmaba que esos indios, sedentarios y agricultores en su país de origen, se convirtieron, bajo el influjo del medio pampeano y en contacto con las antiguas poblaciones, en cazadores, criadores de ganado y depredadores nómades.

Sin embargo, un análisis más cuidadoso de la economía indígena pone de manifiesto su complejidad y obliga a abandonar viejas ideas -generalmente basadas en prejuicios y preconceptos- dejando de lado definitivamente la calificación de "depredatoria" que se le ha adjudicado. Por el contrario, abarcaba un amplio espectro de actividades (pastoreo en diversas escalas, caza, agricultura, recolección, producción artesanal) combinables en diferentes grados y formas, lo que le otorgaba una excepcional adaptabilidad. Un complejo sistema de intercambios vinculaba a las distintas unidades del mundo indígena entre sí y a éste en su conjunto con la sociedad criolla (Mandrini 1985: 211-218; 1994).

Al mismo tiempo, otra idea muy arraigada que debe ser abandonada es la del nomadismo de los indígenas de las llanuras argentinas. La población india estaba asentada en parajes bien determinados donde la presencia de pastos, agua y leña hacía posible su supervivencia. Algunos lugares, como las tierras vecinas a las sierras del sur bonaerense, los valles del oriente de la actual provincia de La Pampa, el monte de caldén y los valles cordilleranos, fueron centros de asentamiento de importantes núcleos estables de población. Así, la alta movilidad de los indígenas, determinada principalmente por la circulación de los ganados, no debe confundirse con nomadismo. En algunos

casos, en el sur bonaerense o en zonas cordilleranas, puede hablarse a lo sumo de un seminomadismo estacional determinado por las necesidades de movilizar los rebaños de los campos de verano a los de invernada.

En consecuencia, la idea de la transformación de los patrones de vida araucanos una vez asentados en las pampas, presenta, al menos, dos contradicciones. Por un lado, el "difusor" se convierte en "difundido": en última instancia, los araucanos habrían sido influidos por el patrón de vida de las pampas. De esta contradicción, unida a la pérdida de vista del proceso en general, surge el marcado acento que explícita o implícitamente se pone sobre el aspecto racial y lingüístico: el aporte más relevante de los araucanos a los pueblos de las pampas sería el sanguíneo o racial, acompañado por el uso generalizado de la lengua.

Por otra parte, la base económica aparece desvinculada casi totalmente de la superestructura simbólica y de las formas de representación ideológica. Si se acepta que los araucanos modificaron sustancialmente su base económica y sus medios de subsistencia pero mantuvieron costumbres, rituales, indicadores de status, creencias, prácticas funerarias y religiosas, se pierde de vista que estas manifestaciones superestructurales surgen y están interrelacionadas con la estructura o base material ¹³.

De este modo, el proceso se desarrolla por mecanismos mucho más profundos y complejos de lo que tradicionalmente se ha reconocido. La tesis demasiado simple de la sustitución étnica, o la idea de una transformación de la base económica de los araucanos emigrados a las pampas no parecen corresponder a la realidad etnográfica, tal como ella emerge de la documentación existente. Al mismo tiempo, aquellos análisis que se sitúen fuera de un marco más general que contemple e intente explicar el conjunto de transformaciones sociales y culturales que sufrió la región a partir del siglo XVI, no podrán superar el nivel de la descripción y enumeración de rasgos, sin explicar de qué manera se insertan y cómo se integran en las poblaciones pampeanas (Schobinger 1959; Vignati 1965; Nardi 1981-1982; Zapater 1982).

Tenemos hoy en claro que las estructuras sociales y políticas del mundo indígena eran muy complejas. Procesos de diferenciación social, de acumulación de riqueza, de formación de grandes unidades políticas (los cacicatos), de concentración de autoridad en los grandes caciques (como Calfucurá, Mariano Rosas o Shayhueque, por ejemplo) se operaron entre los siglos XVIII y XIX; aunque algunos aspectos de este desarrollo no nos son aún bien conocidos, el proceso es, en sus líneas generales, indiscutible.

Este reconocimiento, sin duda incompleto aún, de las realidades etno-
gráficas, constituye un paso fundamental para separar y distinguir de ellas a
los componentes ideológicos que participaron en la construcción de las
imágenes que se forjaron del mundo indígena. La idea frecuentemente
expresada de una población indígena pampeana como esencialmente diferen-
te de la de la Araucanía chilena no parece corresponder a esas realidades sino
que está estrechamente ligada al proceso histórico de constitución de los
estados nacionales en la Argentina y Chile y al lugar que cada uno asignó a
la población indígena. En Chile, el indígena, más allá de su inserción real,
pasó a formar parte de la identidad nacional; en la Argentina, la población
indígena fue exterminada y marginada, e incluso su recuerdo fue borrado de
la historia.

Tandil, octubre de 1994

NOTAS

¹ Para una síntesis de los aportes recientes, Mandrini 1993a: 66-72.

² Palermo 1986. Para una primera exposición de los datos fundamentales para
redefinir la economía indígena, aunque conservando todavía el uso del concepto de
“complejo ecuestre”, Mandrini 1984; 1985.

³ Un ejemplo significativo de tal enfoque es la obra de Salvador Canals Frau,
ampliamente difundida a través en sus manuales (Canals Frau 1950; 1973).

⁴ Zeballos 1986: 284-87. Si al destacar la “barbarie” indígena y contraponerla a
la “civilización” Zeballos justificaba la empresa conquistadora que aparecía como
empresa “civilizadora”, su insistencia en el origen chileno de tales indios -responsa-
bles de la violencia en la frontera- tampoco era gratuita. La solución del problema de
las “fronteras interiores” que el naciente estado nacional argentino reclamaba y
Zeballos justificaba, no podía separarse del conflicto latente con Chile por la
definición de los ámbitos de soberanía de cada uno de esos estados en los territorios
que se proponían conquistar.

⁵ Paradójicamente, este esquema se sigue reproduciendo de manera acrítica
hasta la actualidad y aparece en trabajos de muy reciente edición. Véase, por ejemplo,
Martínez Sarasola 1992: 125-32. Esta obra, editada con motivo de la conmemoración
del Quinto Centenario de la llegada de los españoles a América, constituye un buen
ejemplo de la persistencia de esta visión del mundo indígena pampeano.

⁶ Vignati 1965, presenta indicios de difusión de la lengua y la cultura araucanas en territorio argentino al menos desde mediados del siglo XVI. El proceso, que habría comenzado en Neuquén, podría remontarse a tiempos prehispánicos. Agrupa esos indicios en cinco ítems: vocablos, toponimia y onomástica, relaciones de tipo comercial y alianzas guerreras, relaciones de servicio personal y asimilación de costumbres.

⁷ Casamiquela 1982: 25; 1992: 26-27. Propone el concepto de "tehuelchización" para designar el proceso que habría sido en parte inmediatamente anterior y en parte sincrónico al de "araucanización". Según su esquema, los pampas del siglo XVII eran los descendientes 'tehuelchizados' de los querandíes, en tanto que los ranqueles eran la transformación de los pampas, "araucanizados" durante el XVIII. De todas formas, los tehuelches fueron hegemónicos hasta fines del siglo XVIII y no se produjo un asentamiento estable de indígenas chilenos en territorio argentino hasta principios del XIX.

⁸ Una descripción general de estos circuitos en Mandrini 1991: 121-122; 1993b.

⁹ La arqueología ha aportado testimonios de esta incorporación de bienes de origen europeo a la vida indígena. En Caepé Malal -cementerio en el norte neuquino fechado en la segunda mitad del siglo XVIII- se recuperaron abundante cantidad de chaquiras, restos de prendas europeas y objetos de hierro, como agujas, cuchillos, sables (BISET y Varela 1991; Hajduk y Biset 1991). Sobre la importancia del lanar y los textiles, así como la participación femenina en estas actividades, Palermo, 1994.

¹⁰ Véase una descripción de una ceremonia chilena en Moesbach 1930: 371-394. Para la región pampeana bonaerense en el siglo XIX, véase la rica descripción que hace Armaignac (1976: 125-30), que brinda importantes datos de tipo etnográfico. También Guinnard 1947: 111-113.

¹¹ Sobre los términos *hualichu* / *huecuvü* ver Erize 1987: 138-139. El análisis del desarrollo social y cultural de los grupos indios de la región no puede dejar de tener en cuenta que sobre el antiguo sustrato cazador-recolector (que para Casamiquela no sería sino la cultura tehuelche que se había difundido por el territorio) se asentaron influencias europeas y araucanas. El resultado debe haber implicado la formación de un complejo entramado de rasgos y manifestaciones culturales originarias de los tres grupos, que se fueron modificando y reelaborando a la luz de las transformaciones sociales que afectaban a esas poblaciones.

¹² Véase Villalobos 1989: 173-196. El autor analiza los datos aportados por Luis de la Cruz, quien a lo largo de su viaje va asentando en su diario importante información sobre los lazos de parentesco y los matrimonios interétnicos que unían a los grupos indígenas de ambos lados de los Andes. A modo de ejemplo, Cruz 1835b: 52, 106-107, 123.

¹³ Sobre las complejas relaciones entre "infraestructura" y "superestructura", entre lo "material" y lo "ideal" y su papel en la producción y reproducción de las relaciones sociales y de la sociedad misma, véase Godelier 1989, especialmente la introducción y la segunda parte.

BIBLIOGRAFÍA

- Armaignac, H. 1976: *Viaje por las pampas argentinas. Cacerías en el Quequén Grande y otras andanzas*. 2a. ed. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Biset, Ana M. y Gladys Varela 1991: "El sitio arqueológico de Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino", en María T. Boschín (coord), *Cuadernos de Investigación: Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*. Tandil, IEHS/UNCPBA: 18-35.
- Cabrera, Pablo 1934: "Los araucanos en territorio argentino", en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas. La Plata, 1932. Tomo I*. Buenos Aires, Coni: 95-117.
- Canals Frau, Salvador 1935: "La Araucanización de la Pampa", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. 120 (Buenos Aires): 221-232.
- Canals Frau, Salvador 1946: "Expansion of the Araucanians in Argentine", en *Handbook of South American Indians*. Washington, Smithsonian Institution/Bureau of American Ethnology, Bull. 143, vol. II: 761-766.
- Canals Frau, Salvador 1950: *Prehistoria de América*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Canals Frau, Salvador 1973 [1953]: *Poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen-su pasado-su presente*. 2a. ed. Buenos Aires, Sudamericana.
- Casamiquela, Rodolfo M. 1982: "Tehuelches, araucanos y otros en los últimos 500 años de poblamiento del ámbito pampeano patagónico", en *Síntomas, en la ciencia, la cultura y la técnica*, año 3, n° 4 (Buenos Aires): 17-29.
- Casamiquela, Rodolfo M. 1992: "Los pueblos indígenas", en *Ciencia Hoy*, vol. 2, no. 7 (Buenos Aires): 18-28.
- Cruz, Luis de la 1835a: *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseidos por los pehuenches; y los demás espacios hasta el río de Chadileubu, reconocidos por ...* Primera edición. Buenos-Aires, Imprenta del Estado (Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis [en adelante, C.O. y D.]. Tomo Primero).
- Cruz, Luis de la 1835b: *Viaje a su costa, del Alcalde provincial del muy Ilustre Cabildo De la Concepcion de Chile, D. ..., Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepcion, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta*

- la ciudad de Buenos Aires*; ... Primera edición. Buenos-Aires, Imprenta del Estado (C.O. y D., Tomo Primero).
- Erize, Esteban 1987: *Mapuche*. 2. Buenos Aires, Editorial Yepun.
- Falkner, P. Tomas 1974: *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Trad. y notas de Samuel A. Lafone Quevedo. Estudio preliminar de Salvador Canals Frau. 2a. ed. Buenos Aires, Hachette.
- Garay, Juan de 1915: "Carta al Consejo de Indias ...", en E. Ruiz Guiñazú, *Garay, fun-dador de Buenos Aires ...* Buenos Aires, Municipalidad de la Capital Federal: 86-91.
- García, Pedro Andrés 1836: *Diario de la expedición de 1822 á los campos del Sud de Buenos-Aires, desde Moron hasta la Sierra de la Ventana; al mando del coronel D. ...* Buenos-Aires, Imprenta del Estado (C.O. y D., Tomo cuarto)
- Godelier, Maurice 1989: *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid, Taurus.
- Guinnard, Augusto 1947: *Tres años de esclavitud entre los patagones (relatos de mi cautiverio)*. 3a. ed. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe.
- Hajduk, Adán 1981-1982: "Algunos antecedentes arqueológicos de los mapuches en la Argentina", en: *Cultura Mapuche en la Argentina*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología: 7-9.
- Hajduk, Adán y Ana María Biset 1991: "Principales características del sitio arqueológico Caepe Malal I, valle del río Curí Leuvu, Departamento de Chos Malal, provincia de Neuquén. Informe preliminar", en María T. Boschín (coord), *Cuadernos de Investigación: Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*. Tandil, IEHS/UNCPBA: 6-17.
- Mandrini, Raúl J. 1984: "La base económica de los cacicatos araucanos del actual territorio argentino (siglo XIX)", en *VI Jornadas de Historia Económica*. Vaquerías, Córdoba. Versión actualizada y ampliada en Mandrini, 1994.
- Mandrini, Raúl J. 1985: "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Lischetti, Mirta (comp.): *Antropología*. Buenos Aires, EUDEBA: 205-230.
- Mandrini, Raúl J. 1987: "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)". en *Anuario del IEHS, 1, 1986* (Tandil, UNCPBA): 11-43.

- Mandrini, Raúl J. 1991: "Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (s. XVIII-XIX): el caso del suroeste bonaerense", en *Boletín Americanista*, 41 (Barcelona, Universitat de Barcelona): 113-136.
- Mandrini, Raúl J. 1993a: "Indios y fronteras en el área pampeana (s. XVI-XIX). Balance y perspectivas", *Anuario del IEHS 7, 1992* (Tandil, UNCPBA): 59-73.
- Mandrini, Raúl J. 1993b: "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (c. 1600-1820)", en Mandrini, Raúl y Andrea Reguera (eds.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*. Tandil, IEHS/UNCPBA: 45:74.
- Mandrini, Raúl J. 1994: "¿Sólo de caza y robo vivían los indios? La organización económica de los cacicatos pampeanos del siglo XIX", en *Siglo XIX. Revista de Historia*. 2ª época, Nº 15 (México. Instituto Mora): 5-24.
- Martínez Sarasola, Carlos 1992: *Nuestros paisanos los indios*. Buenos Aires, Emecé.
- Moesbach, Ernesto W. 1930: *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes.
- Nardi, Ricardo I. 1981-1982: "Los mapuche en la Argentina. Esquema etnohistórico", en *Cultura Mapuche en la Argentina*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología: 11-24.
- Ortelli, Sara 1994: *El proceso de "araucanización" de las pampas. Balance y perspectivas* (Tesis de licenciatura). Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Palermo, Miguel A. 1986: "Reflexiones sobre el llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina," en *RUNA. Archivo para las Ciencias del Hombre*, XVI (Buenos Aires, ICA/UBA): 157-178.
- Palermo, Miguel A. 1989: "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos", en *Anuario del IEHS, 3, 1988* (Tandil, UNCPBA): 43-90.
- Palermo, Miguel A. 1994: "El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino", en *Memoria Americana*, 3 (Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas) 63-90.
- Sánchez Labrador, José 1936: *Los indios pampas, puelches y patagones ...* Monografía inédita, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff S.J. Buenos Aires, Viau y Zona.

- Schobinger, Juan 1959: "La araucanización y sus problemas", en *Revista de Educación*, IV, 3 (La Plata): 484-491.
- Vignati, Milcíades A. 1965: "Antigüedad y forma de la ocupación araucana en la Argentina", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol XXXVIII (Buenos Aires): 3-7.
- Villalobos R., Sergio 1989: *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Wilbert, Johannes and Kain Simoneau (eds.) 1984: *Folk Literature of the Tehuelche Indians*. Los Angeles, University of California/Latin American Center Publications.
- Zapater E., Horacio 1982: "La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX", en Sergio Villalobos y otros, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile: 87-105.
- Zeballos, Estanislao 1986 [1878]: *La conquista de quince mil leguas*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Zizur, Pablo 1973: "Diario de Zizur" [ed. por Milcíades Vignati], en *Revista del Archivo General de la Nación*, vol. III, n° 3 (Buenos Aires): 67-115.